

Medio	El Mercurio
Fecha	10-05-2012
Mención	Columna sobre el reportaje sobre la discriminación a las nanas de Contacto. Se nombra el Premio de Excelencia Periodística de la UAH.

“Contacto” y las nanas: lo evidente y lo verdadero

“...cuesta entender cómo y por qué quisieron hacer esta serie. Con la renuncia de sus responsables, que ocurre en el momento en que se redactan estas líneas, tal vez sabremos las razones que transparenten los propósitos profesionales y los procedimientos que se han utilizado para conseguirlos...”

GONZALO SAAVEDRA

Director de la Escuela de Periodismo
Universidad Católica

¿Qué hay de nuevo en la entrega de “Contacto”, de Canal 13, sobre la discriminación a las nanas? Poco, poco, casi nada. El programa intenta revelar como una novedad que en Chile se discrimina, entre otras razones y tal vez en primer lugar, por la situación socioeconómica. Sí. Pero para apoyar su tesis no se usan los datos de la OCDE que muestran una vergonzosa distribución del ingreso que se mantiene casi intacta después de los impuestos (el elocuente gráfico lo publicó también The Economist en su artículo sobre Chile, pero la mayoría de los medios sólo destacó las calificaciones al Presidente Piñera), o el drama de los hijos de familias pobres que acceden a una educación pública que los margina del desarrollo y que no hace más que perpetuar la desigualdad; los verdaderos y encarnados hijos de las nanas, por ejemplo. Pero no. Para mostrar de lo que estamos hablando, “Contacto” elige montar un tinglado extremo e improbable: una empleada con un delantal a punto de reventar y manos en los bolsillos que pregunta por las matrículas en un colegio carísimo. Aquí, todos —actores-caricaturistas, periodistas, camarógrafos clandestinos y, atención, también la audiencia— saben lo que ocurre. Todos menos uno. En este caso, una víctima inadvertida y casual.



Tampoco es nuevo el procedimiento en que se descubre una verdad que ignora sólo una persona, como les ocurrió en este caso a los responsables de esos colegios. Esta táctica narrativa se confunde, en la historia, con la literatura misma, desde el reconocimiento de la cicatriz de Ulises hasta “La caperucita roja”, desde Shakespeare hasta “The Truman Show” y las teleseries: hay un momento en que un personaje conoce una verdad que ya saben todos, incluido el público. Se asiste al momento sorpresivo, perturbador, en que se aprehende esa verdad. En los casos de la antigua “Cámara indiscreta de Sábados Gigantes” y de la más contemporánea “Just for Laughs”, ese tipo de experimento humano sin reglas va de humorístico, pero puede también ser tremendamente infeliz e injusto.

La provocación oculta en periodismo es bien conocida: Günter Wallraff en los 70 y 80 se hizo famoso por esconderse de muchas maneras para conseguir sus historias. En “Cabeza de turco”, por ejemplo, quiso contar las penurias de un inmigrante de esa nacionalidad en Alemania, y para eso se disfrazó de obrero y puso a su personaje en situaciones minuciosamente montadas para hacer caer a empresarios, sacerdotes y hasta a sus propios compañeros en la construcción. El resultado es un relato emocionante, germánico y ficticio: Wallraff no tiene infancia, presente ni futuro de un trabajador turco, y sabe, no tiene cómo ignorarlo, que su experiencia es transitoria. Tan fugazmente vivencial como el turismo aventura. Sus fuentes nunca hablan con un periodista, sino con un desconocido o incluso un amigo. En Estados Unidos

la revista satírica Spy, que cerró a finales de los 90, hizo cosas similares, con resultados la mayoría de las veces graciosos: su propósito era entretener. Con una diferencia, eso sí: antes de publicar, avisaban y pedían consentimiento.

Todos estos ejercicios se asientan en una concepción si no errónea, por lo menos pueril: que la verdad está en la evidencia registrada, no importa cómo se haya conseguido. Ahí estaba la cámara, esto es lo que grabó, esto es lo que hay, esto es lo evidente; literalmente, lo que se puede ver. La televisión insiste en hacer un símil tan indestructible como engañoso entre lo verdadero y lo evidente, y que ha generado nombres equívocos como *reality show*. Pero la sola evidencia —en este caso, apenas aparentemente verdadera— no puede constituirse en resultado del trabajo periodístico. Carlo Ginzburg lo escribía clarísimo en “El hilo y las huellas”: “Lo verdadero no es un punto de partida, sino de llegada”.

“Contacto” tiene una sólida y prestigiosa historia profesional y ha entregado enormes servicios al país. Hace apenas unas semanas distinguían su trabajo con el Premio de Excelencia Periodística de la Universidad Alberto Hurtado por su reportaje “Pensiones bajo sospecha”. Por eso cuesta entender cómo y por qué quisieron hacer esta serie. Con la renuncia de sus responsables, que ocurre en el momento en que se redactan estas líneas, tal vez sabremos las razones que transparenten los propósitos profesionales y los procedimientos que se han utilizado para conseguirlos. En eso, en Chile, salvo contadas excepciones, estamos en deuda ellos y el resto de los periodistas.

